METRO

Sonámbulo, tarjeta en mano. El constante pitido de los tornos se ha convertido en el *canto de los gorriones* de este ecosistema de metal, plástico y cristal. Tan reconocible, tan identificable… «Abono joven/jubileta: dos pitidos; abono normal: uno largo». Escucho *dos* pitidos a mi derecha. La mujer me mira de reojo, se ha dado cuenta de que soy consciente de su artimaña. Se sonroja. La hago una reverencia con la mano: mis respetos. Desde lo alto de las escaleras mecánicas el resto de viajeros parecen pulgas corre-teando sin sentido. «¡Bienvenido al Madrid subterráneo!».

Legañas en mis pestañas, hileras de fluorescentes con luz fría dibujan escurridizos brillos en las baldosas amarillas… «¿Acaso así veía el mundo L. Frank Baum?».

«Estación en curva, al salir tengan cuidado de no introducir el pie entre coche y andén». Tres transbordos, un carterista y un falso profeta vomitando su retahíla previamente ensayada ante el espejo después, dos metros se me escapan ante mis narices. Miro las pantallas: «Próximo tren en 7 minutos». Miro mi reloj. Miro las pantallas: fundido a negro, rombo rojo. «¡Mierda! Mala señal». Miro el reloj. «¡Joder…!». Me apoyo en la máquina expendedora de preservativos, golpeándola con todo mi peso como válvula de escape ante mi desesperación. «No me puedo permitir llegar otro día tarde», pienso mientras apoyo la frente contra su descascarillada superficie azul. Mis puños cerrados, ocultos en el suave forro aterciopelado de mis bolsillos.

La megafonía se entremezcla con la música de mis cascos, solapando la letra de *Never thought that I could die*: «Por causas ajenas a Metro, el servicio en la línea diez entre las estaciones de Nuevos Ministerios y Gregorio Marañón queda suspendido por un tiempo estimado de una hora. Disculpen las molestias». Mi cerebro descifra el mensaje como si se tratase de la máquina Enigma: «Otro suicidio…».

Saco el móvil y busco una ruta alternativa mientras me entremezclo con un rebaño que sube escaleras, recorre pasillos y *bala* improperios hasta desembocar en el andén de la única línea disponible. Cientos de usuarios esperando impacientes en el andén *versus* una marabunta ansiosa por abandonar el vagón. ¿En mis auriculares? *Heavy is the crown* a todo volumen.

Se abren las puertas, el *desembarco de Normandía* tiene lugar. Dos fuerzas opuestas golpeando entre sí; el símbolo del Yin Yang resquebrajándose por los costados. Unos intentan entrar, otros, salir. La megafonía intercede: «Antes de entrar, dejen salir». Aguanto la compostura, soportando un *tsunami* de carne y huesos. La *carga de los 300* en la batalla de las Termópilas no es nada comparado con la epicidad del momento.

«¿Te quieres quitar?», me escupe uno verbalmente. Otra golpea con el codo contra mi costado. Miradas fulminantes… Una multitud embravecida por abandonar el vagón me rodea; otra desesperada por acceder me precede.

—No pienso perder otro metro. ¡Dejadme pasar!

La música nubla mi pensamiento: me envalentona; la situación me absorbe: soy *yo* contra el mundo. Levanto los puños hasta cubrir mi rostro. De repente, un *tirón* me saca por completo de mi «estado catatónico». Mi alma se desdobla: el guerrero de la epopeya griega se convierte en una cáscara que se resquebraja, un envoltorio del que salgo expulsado hacia atrás. Ahora, *tan solo* quedo yo… «Alguien agarró mi mochila apartándome de la puerta, permitiendo que el gentío pudiese desembarcar». Lo miro rabioso. Lo miro confundido. Lo miro arrepentido. Es… ¿Jorge?

Desde mi perspectiva, acompañada por la música, la escena era legendaria. A ojos del resto, tan solo era *otro imbécil más* con el que lidiar.

© **Víctor Martín Rodríguez *(Víctor el Bizarro)*, 2025 • victorelbizarro.com** • Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea mecánico o electrónico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del titular del copyright. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, establecimientos, marcas y/o empresas, lugares y sucesos que aparecen en esta publicación son producto de la imaginación del autor, o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), establecimientos, marcas y/o empresas, lugares y acontecimientos es pura coincidencia. El autor de esta obra no busca fomentar ni animar a realizar ninguna de las conductas y/o acciones reflejadas en la misma.

RELATOS CORTOS

DESCUBRE MÁS EN
VICTORELBIZARRO.COM/LIBROS

VICTOR
EL BIZARRO